

# DESIGNIO DIVINO

Finalista

## Francisco Germán Vayón Ramírez

Nace en Constantina (Sevilla) el 30 de diciembre de 1959. Insaciable lector, profesor de E.G.B. con las especialidades de ciencias sociales y educación física. Máster en comunicación y habilidades sociales por la Universidad de Sevilla, trabaja desde hace ocho años en un IES con alumnos de Programas de Garantía Social.

En agosto de 2007 ganó el Primer Concurso Literario ACB.com en la modalidad de “épica” con su relato *La vida en cincuenta segundos*. En noviembre de 2008 publicó *El affaire Capercucita y otros cuentos*, obra donde recoge diez de sus primeros relatos. En junio de 2009 publicó cuatro relatos y varios microrrelatos en el volumen *Sueños de papel*, obra resultante de un taller literario con la escritora Nerea Riesco. En junio de 2009 resultó ganador del XVII Certamen de Relato Corto Meliano Peraile organizado por el Ateneo Cultural Primero de Mayo de Madrid con el relato *Fuenteovejuna dos mil ocho*.

En la madrugada del 30 de noviembre del año de Nuestro Señor de 1781, una certera puñalada acababa con la vida de Don Mariano Sáez y Cueto, que al igual que yo, y otros a los que por esas fechas aún no conocía, era algo más de lo que aparentaba. Se hacía pasar por naturalista en el “Nuestra Señora de Atocha”, corbeta de tres palos de la Real Armada Española, y a fe mía que no lo hacía mal y simulaba desempeñar su cometido al menos tan bien como yo me desenvolvía con los hábitos franciscanos.

Su muerte se producía justo dos días antes de iniciar la vuelta a la península integrados en un convoy en el que nuestro barco actuaría como escolta, tras pasar varios meses en el estudio de la flora y la fauna del estuario del Río de la Plata y en realizar diversos trabajos cartográficos, que venían a confirmar la exactitud de los efectuados por James Cook unos años atrás.

El capitán, Don Marcelino Lorite y Velarde, un andaluz serio y severo, ilustrado y, a mi entender, algo descreído, ordenó una inmediata investigación y se puso al frente de la misma por haber ocurrido el asesinato en el propio camarote de la víctima. Sea por las prisas en partir o por otras causas que en ese momento se me escapaban pero que luego supe, se incriminó a un marinero, un tal Maqueda, con el que, al parecer, se había visto al finado mantener fuertes discusiones en los días anteriores. Un oficial y cuatro soldados llegados de Buenos Aires en cuyo puerto, si es que tal se le puede llamar a esa ciénaga, estábamos anclados, se hicieron cargo del reo para llevarlo a tierra, donde sería juzgado y difícilmente escaparía a la horca.

Y ahí se habría acabado este asunto, y probablemente mi vida, si no hubiera sido porque la Divina Providencia puso en nuestro camino a un barco corsario, con todas las trazas de ser inglés, que nos salió al paso cuando pretendíamos incorporarnos al convoy. De forma artera, que ya sabemos cómo las gastan los de la pérfida Albión, nos hicieron señales de socorro a las que respondimos con la caridad cristiana que era de esperar, recibiendo a cambio una descarga cerrada de sus cañones de estribor. Esto nos hizo poner proa de manera presurosa al fuerte de Santa Teresa, desde donde las baterías lanzaron unas andanadas con tanta precipitación y tan poco tino, que por poco tenemos que lamentar el contar con su ayuda.

En la escaramuza perdimos el bauprés con todos sus foques, resultaron dañados el casco y el trinquete y rotas algunas vergas, jarcias y velas. Además murieron dos marineros y un grumete y tuvimos varios heridos, entre ellos el padre Fuentes que, tras ser desahuciado por el cirujano, me hizo llamar para que le oyera en confesión.

Era el citado un recio varón de unos sesenta años, tez atezada, cabello gris hirsuto y aspecto montaraz. Muy mariano y de agradable parla pese a su voz cavernosa, había embarcado hacía tan sólo unos días para volver a un pueblecito de Burgos del que era originario, al menos eso nos dijo y, en su momento, yo no tenía motivos para dudar de ello. La refriega le había sorprendido paseando por la cubierta y apenas acertó a cubrirse tras el palo de mesana cuando una astilla del mismo le hizo una muy fea herida en el vientre de la que ahora agonizaba.

—Padre Antúnez —me dijo nada más verme entrar, con ansia, con las que se notaba eran sus últimas fuerzas.

Me acerqué a él, receloso por mi impostura y pensando que Dios, en Su Infinita Misericordia, daría por válida esa espuria confesión, a la que no tenía más remedio que prestarme para no ser descubierto.

—Me muero, padre y tengo que aliviar mi conciencia...

Acerqué a su cama la única silla que encontré y me senté muy cerca de él, para que me hablara al oído y no tuviera que hacer esfuerzos. Pensaba que sólo iba a oír los cuatro pecados veniales de un santo varón, y de ahí mi cara de sorpresa, que creo él percibió en el último instante de su vida, mientras yo trazaba torpemente una cruz sobre su cuerpo exangüe y murmuraba atolondrado un “ego te absolvo...” que al menos le alegró el semblante antes de entregar el alma.

Me quedé allí sentado y, mientras le cerraba los ojos y agradecía a la casualidad ese golpe de suerte, intentaba asimilar lo que acababa de oír. Si el padre Fuentes y cuantos habían embarcado con él eran lo que me había dicho, y de su sinceridad en un trance como ese no había que dudar, mi vida estaba en peligro. Sabía que no podía confiar en nadie y decidí pedir permiso al capitán para volver a Buenos Aires y entrevistarme de forma urgente con el Obispo, Fray Sebastián Malvar y Pinto. Lo había conocido nada más desembarcar en el mes de abril, al acercarme a besar su mano y hacerle entrega de la carta que para él me confió, antes de que partiéramos de Cádiz, alguien que actúa en nombre del Rey Nuestro Señor. Y mucho que me encomió al señor Obispo: “Es alguien que como nos, trabaja por el bien de sus reinos y la felicidad de sus súbditos. Recurrid a él en caso de necesidad”.

El capitán me escuchaba ofreciéndome su perfil lobuno, con ese gesto que nadie sabía si era condescendencia o muestra de altanería y que tanto desconcertaba a sus subalternos, que temían tanto la agudeza de sus juicios como la mordacidad de sus palabras. En su silencio, en su forma de torcer el gesto, noté que ese hombre, más temerario que valiente, desconfiaba de mí. Tras una de sus intensas miradas que a otro menos bragado que yo habría hecho temblar, me autorizó a lo que le pedía.

—Para su seguridad, le acompañará mi criado Martín, que es hombre de toda confianza —me dijo mientras sus ojos me taladraban—. Nunca me perdonaría que le pasara algo...

Y mientras yo pensaba que al tal Martín nunca le vi aspecto de criado, el capitán me instaba a volver pronto.

—No podemos dejar a esta grey sin los buenos oficios de su pastor..., padre —y algo en la forma de acentuar ese “padre” llevó la inquietud a mi espíritu.

No muchas horas después partíamos a uña de caballo para cubrir las diez leguas que nos separaban de nuestro destino. Martín, magnífico jinete, hombre de pocas palabras, tenía una desenvoltura y seguridad que ya me habrían hecho dudar si me hubiera propuesto deshacerme de él, y no habría sido el primero... Pero esto era algo que ni me planteaba, porque iba ostentadamente armado y su aspecto era el de un hombre avezado en usar la ferralla que portaba.

Llegamos sin contratiempos al palacio episcopal y, mientras mi acompañante se hacía cargo de las monturas, yo pedía audiencia con fray Sebastián a uno de sus adustos secretarios. Este garabateaba sin parar y sin mirarme mientras yo le contaba mi falsa vida y mis más falsos milagros y le apremiaba, sin que él diera muestras no ya de prisa alguna, sino del más mínimo interés en cuanto le decía.

—Ya se le avisará —me dijo con voz apagada, mientras seguía moviendo la pluma ensimismado.

Tras horas de espera me condujeron a una amplia habitación someramente amueblada donde, tras una mesa atestada de libros y legajos, se hallaba el señor obispo sentado en un sillón frailuno. Vestía el hábito franciscano y de su figura sólo se desprendían humildad y sencillez, sin signo alguno que denotara su cargo. Tras besarle la mano y recibir su abrazo fraterno, me invitó a tomar asiento y se me quedó mirando como quien dispone de todo el tiempo del mundo, a la espera de mis palabras.

—Ilustrísima —comencé mi perorata, ensayada mientras cabalgaba—, la persona que me envió a estas tierras me indicó que, en caso de dificultades, acudiera a vos.

—¿Y cuáles son esas dificultades, hermano?

—Vos debéis saberlo todo sobre mí —dije con intención, pero no obtuve ni una sola palabra por respuesta—. Me envió Don Amadeo de Valcárcel y Barahona para recabar informes. En la corte están muy preocupados tras la sublevación de Túpac Amaru.

—José Gabriel Condorcanqui, querréis decir... —me respondió sin inmutarse.

—Como diga su paternidad..., perdón, su Ilustrísima. Quieren saber si en el Río de la Plata se dan las mismas condiciones que en el Perú...

—El rebelde ya está ajusticiado y la revuelta sofocada. Esto no es el Perú, padre Antúnez.

—¿Puedo hablar con entera libertad, Ilustrísima?

—Hágalo, padre Antúnez, no creo que haya venido hasta mí para ocultarme algo.

—Verá, Ilustrísima, un hombre ha muerto. Le han asesinado. No puedo decirle cómo, pero he averiguado que desempeñaba el mismo trabajo que yo. No sé cuántos más somos, pero los asesinos no están dispuestos a que llegue a oídos del Rey lo que sabemos.

—¿Y qué es lo que sabéis... si saberse puede? —me preguntó fray Sebastián echando el cuerpo hacia adelante mientras me miraba dulcemente.

—Que en el Río de la Plata se dan las condiciones para otra revuelta. La gente anda descontenta, los tributos son altos, hay abusos de los corregidores y el trabajo obligatorio es visto como una infamia. Además... —y callé al verlo levantar ligeramente la mano.

—Os confesaré algo, hermano, consideradlo como secreto de confesión —y no fui capaz de detectar la más leve ironía en sus palabras, lo cual no quiere decir que no la hubiera—. Yo llegué con el mismo propósito que vos, pero el encargo me llegó de más arriba. Y os diré que después de unos años aquí, las cosas no se ven de igual manera.

—Sea como decís, Ilustrísima, pero quisiera vuestra ayuda para volver a la península y rendir mis informes. En la corte no quieren ni pensar en otra revuelta...

—Lo que tenga que ser será, hermano. Y vos no iréis a parte alguna...

—Pero Ilustrísima...

Fray Sebastián, sereno, con gestos reposados, abrió un cajón y tomó un legajo.

—Las excepcionales circunstancias que en el Perú se han vivido no ha mucho, han hecho extremar el celo de quienes deben cuidar por la gobernación de estos reinos y la prosperidad de quienes en ellos moran. Es por ello que se han arbitrado medidas especiales para casos como el suyo, padre Antúnez —y tras estas palabras, me alargó el documento—. Leed, os lo ruego...

Y yo lo hice, con voz algo insegura.

—*Don Juan José de Vértiz y Salcedo, Virrey, Gobernador y Capitán General de las provincias de Buenos Aires, Paraguay, Tucumán, Potosí, Santa Cruz de la Sierra, Charcas y de todos los corregimientos, pueblos y territorios, en nombre de su Majestad el Rey Nuestro Señor, Don Carlos de Borbón, otorgo poder a fray Sebastián Malvar y Pinto, Obispo de esta diócesis, para que instruya los procedimientos que crea convenientes, incluidos la reclusión mayor y la pena de la vida, sin intervención de juez alguno que no sea el Juez Supremo, que es sin duda quien guía sus pasos, para atajar cualquier acto de revuelta, sedición o rebelión o impedir que persona alguna turbe la paz, siembre rencillas o propague rumores encaminados a ello...* —el documento seguía, pero no pude seguir leyendo. Levanté los ojos hacia fray Sebastián, que me miraba con la dulzura en él habitual.

—Hoy mismo ingresaréis en el Convento de San Francisco, padre Antúnez. Os conviene una vida más tranquila de la que lleváis. Ya sabéis: castidad, pobreza y obediencia, sobre todo obediencia... —me dijo sin perder la sonrisa.

—Pero Ilustrísima...

—Olvidadlo todo, padre Antúnez y preparaos para vivir una vida de gozo enteramente entregado al Señor.

Recuerdo que en esos momentos pensé en destinos mucho peores... y no iba mi pensamiento por la cárcel, sino por lo que harían los hermanos inquisidores si alguien les desvelara mi sacrílega impostura.

De esto hace ya casi treinta años, en los que no he vuelto a pisar la calle ni a saber del mundo. Aquí he encontrado la paz y el sosiego en el trabajo del huerto, en los rezos, en la mortificación del cuerpo que libera el alma, en entregar cada minuto de mi vida al Sumo Hacedor. Y me da por pensar que cuando, descreído, irreverente como era, escogí ese disfraz para cumplir la misión que me encomendaron, era el Señor quien guiaba mis pasos para dar sentido a mi vida.